una fraccion, ó por 3 menos una fraccion, y que no son ni fraccionarios ni enteros; sin embargo esta proposicion nada tiene de absurdo, es verdadera, y tan verdadera que no puede dudarse de ella sin destruir por su base todas las matemáticas.

No son estas las solas verdades de esta especie que contienen las matemáticas, y no obstante, esta ciencia solo tiene por objeto las cosas finitas. Pero como siguiendo la idea del finito con frecuencia entrevemos la del infinito, principalmente cuando pretendemos seguir esas largas séries cuyo término no es nunca conocido, el matemático se encuentra á veces arrastrado sin quererlo hácia los caminos del infinito, y su entendimiento se espanta entonces con razon de los resultados que alcanza.

¿Qué debe pues suceder en una ciencia como la de la Religion, que se dirige únicamente hácia lo infinito, y particularmente en el hecho de la presencia sustancial del mismo infinito? ¿Puede este hecho dejar de ser el mas grande, el mas admirable de todos los misterios? ¿Qué presenta sin embargo de mas absurdo que los que acabamos de enunciar, y qué le falta para merecer nuestra conviccion, mas que ser demostrado? Pero no es ahora que debe serlo: *Nunc per speculum et in enigmate, tunc facie ad faciem.* Mas adelante verémos los admirables motivos que para esto hay.

Pero si no está demostrado, está muy comprobado, pues lo está en razon directa de su misma aparente absurdidad.

¿Cómo puede ser esto? Del modo siguiente. La razon es sencilla y luminosa para el que no quiere abusar de ella, de tal modo, que el solo buen sentido sugirió á un escritor protestante de nacimiento y católico por conviccion las siguientes reflecsiones:—"No se diga que la creencia en la presen-"cia real sea ilusoria y falsa. Ciertamente es de-"masiado absurda en sí misma para que un hombre "se atreva á su antojo á presentarla á los demas. "Si uno de los apóstoles la hubiese propuesto á "sus colaboradores, tal vez hubieran creido que "estaba demente, y lo hubieran hecho objeto de su "risa.—Ya que es imposible que proceda de los "hombres, debe ser necesario que proceda de Dios; "y en calidad de divina pierde toda su absurdidad, "por mas incomprensible que se la suponga (1)."

Nótese bien la fuerza del argumento: una cosa que, segun todas las apariencias hubiera sido locura concebir, proponer y emitir, y que sola hubiera debido llenar de ridículo y de descrédito al autor y á la empresa por otra parte mejor concertada, una cosa semejante se hizo creer, y se hizo creer por todo el universo; mas aun no solamente se hizo creer, sino que *hizo creer todo lo demas*, se convirtió en vehículo de la doctrina, de la cual parecia ser el obstáculo mas insuperable, y en foco y alimento de la fé del género humano en la Religion del Cristo, y penetró al mundo con sus luces y sus virtudes; y despues de diez y ocho siglos de maravillas, de ella depende todavia todo catolicismo, es decir, todo cristianismo verdadero, toda civilizacion.

(1) Fliz-William, *Cartas áÁtico*, p. 174.

Por consiguiente, si este prodigioso resultado no podia ser efecto de las apariencias de esta cosa que le son enteramente contrarias, es absolutamente indispensable que sea efecto de la realidad, la cual se halla comprobada en razon directa de la absurdidad de las apariencias que ha tenido que vencer.

En otros términos: en el Sacramento de la Eucaristía las apariencias no causan ilusion *por*, sino *contra* la cosa de la cual se trata; el écsito de esta cosa, su crencia por el mundo, no es pues efecto de una ilusion, no puede ser sino efecto de la realidad; realidad tanto mas poderosa, cuanto que ha tenido que combatir con la ilusion contraria, ilusion formidable de la cual ha divinamente triunfado.

La presencia sacramental se halla, si no demostrada, á lo menos comprobada en el mas alto grado, en el mismo grado en que se halla nuestra repugnancia á creer en él, lo cual está perfectamente de acuerdo con el conjunto de la economía del cristianismo, que á ejercer nuestra fé por medio de sus misterios, nos da siempre alguna razon fuerte y decisiva para abrazarlos cuando queremos.

Para evitar esta conclusion, no supongais que el misterio eucarístico fué en un principio mitigado y disimulado, ó que encontró espíritus crédulos que se sujetaron á él, ó en fin, que se fué insinuando sin que los hombres lo advirtieran, apoderándose así poco á poco de la fé del universo; porque ademas de que todas estas esplicaciones repugnan al buen sentido, de hecho pasó todo al contrario, y la manera con que este sacramento fué instituido, aumenta si es posible la fuerza de nuestra conclusion.

En efecto, lejos de procurar disimularla é insinuarla, el autor de esta creencia, como si se hubiera burlado de la dificultad, la propuso desde luego en toda su desnudez y contra todos los sentimientos humanos. Si ecsaminamos la fuerza é integridad de su lenguaje comparándolo con la oposicion que debia encontrar, verémos que nunca estuvo en Cristo mas positivo, mas afirmativo, mas pródigo en repeticiones y mas sobrio en esplicaciones que en la institucion del Sacramento de la Eucaristía, como si hubiese querido que en una materia que no se fundaba mas que en su palabra, fuese este fundamento tanto mas formal, cuanto mas esclusivo era, y que nosotros tuviéramos en certidumbre de autoridad lo que debia faltarnos en comprension de evidencia. *Tomad y comed: este es mi cuerpo. Bebed todos: esta es mi sangre; mi cuerpo entregado por vosotros; mi sangre derramada por vosotros.—El que me come está en mí y yo en él.—Yo soy el pan vivo bajado del cielo; el que come de este pan, vivirá eternamente; y este pan que yo doy es mi carne.—Haced esto en mi memoria*—Así, de frente, choca Jesucristo con todos los instintos del entendimiento humano, y presenta su inefable verdad. No hay medio de esquivarla, y todo el mundo sabe que Lutero en la embriaguez de su rebeldía no se creyó capaz de rehuirla, y escribió: "que se le haria un gran bene-"ficio proporcionándole algun medio decoroso para "negarla (1)."

(1) *Epist. ad Argentin*, t. VII.

No está todo aquí: este sentimiento de rebeldía que animaba á Lutero, y que no puede dejar de esperimentar todo hombre á la vista de este gran misterio, considerándolo no mas que por el esterior, esta rebeldía se dió á conocer tambien al mismo Salvador. *¿Cómo*, dijeron los judíos entre sí, *puede este hombre darnos á comer su carne?* .... Jesus, que se hallaba presente, y que debia disuadirlos de su error si hubiesen comprendido mal el sentido de sus palabras, y que en interés del écsito de su institucion, si esta era verdadera, debia acomodar esta á la resistencia que encontraba, Jesus respondió (respuesta decisiva para la fé católica): —"EN VERDAD, "EN VERDAD os digo que si no comeis la carne del Hi-"jo del hombre y no bebeis su sangre, no tendreis "la vida en vosotros; porque mi carne es VERDADE-"RA comida, y mi sangre VERDADERA bebida." (Joan., VI, 52, 53, 54, 55.)

La proposicion no puede ser mas clara; no hay mas que hacer que decidirse, esto es, segun la razon y el sentido humano, que dejar á Jesucristo en sus pretensiones, y decir con los judíos: *Este lenguaje es demasiado duro para conformarse con él. ¿Quién puede escucharlo siquiera?* ... y lo dejaron de la misma manera que lo han dejado y lo dejarán tantos incrédulos.

¿Volverá á llamarlos Jesucristo, y transigirá al fin con su insurreccionada razon? No: nada de esto; sino que dirigiéndose al pequeño número de los que habian permanecido mudos é indecisos, colma la medida y les obliga hasta cierto punto á seguir á los demás, diciéndoles: *¿Y vosotros quereis tambien dejarme?* como si dijera: Nada tengo que aumentar ni disminuir en mi discurso; no quiero añadirle ni quitarle nada; esto hay: tomad el partido que os acomode: el que quiera ser mi discípulo, debe sujetarse á llegar hasta aquí; este es el precio de su fé.

Y el género humano ha llegado hasta aquí, y ha pagado este precio; y precipitándose en pos de Pedro, ha esclamado, tendiendo los brazos á Jesucristo: *¿A quién iremos, Señor? Vos solo teneis palabras de vida eterna.* (Joan., VI, 67, 68.)

Esto ha sucedido porque el género humano ha amado; porque contra todas las apariencias ha creido en el amor; porque el amor no le ha engañado, y le ha dado, no la demostracion, sino la certidumbre, la conviccion, el sentimiento y la sensacion de su presencia; porque la realidad ha triunfado de las apariencias, y porque, en fin, la verdad ha cumplido su palabra: *El que coma de este pan, vivirá.*

Sintiendo la realidad eucarística por medio de la fé práctica, el corazon del hombre no solo tiene la conviccion inmutable de esta realidad contra la oscuridad de las apariencias, sino que llega hasta comprender la necesidad de esta oscuridad, hasta encontrar, si no su *cómo*, á lo menos su *por qué*, y á compendiar en cierto modo toda su razon en su fé, ó á lo menos á presentir su feliz armonía en la otra vida.

II. Probemos esta armonía, ejercitando nuestra razon en algunas consideraciones personales sobre el sacramento del divino amor.

1.° *El hombre no vive solo de pan.* A diferencia de los animales, cuya ecsistencia se halla limitada á los sentidos, hay dos ecsistencias: una sensible y otra espiritual. Estas dos ecsistencias, aunque unidas por un lazo misterioso, no son por esto menos distintas por su naturaleza, y reclaman en consecuencia un alimento igualmente distinto.

El alma, emanada de Dios, debe tomar su sustancia en Dios; el cuerpo, compuesto de materia, debe tomarla en la materia, y cualquiera que sea la solidaridad que ecsista entre ambos, puede el alma decir al cuerpo lo que el ángel Rafael decia á la familia de Tobías: "Parece efectivamente que como "y bebo con vosotros; pero yo uso de una comida y "bebida invisibles, que los hombres no pueden co-"nocer." (1)

Esta bebida y comida invisibles, esta *comida de espíritus*, como la llama Mallebranche, es la verdad y el amor que están en Dios, que son Dios, que tienen á Dios por principio y por objeto; es aquella razon soberana de quien participan todas nuestras razones, aquella sabiduría increada que hace feliz y racional al alma que de ella se alimenta, y que grita á todos los hombres desde el fondo de su espíritu y de su corazon: "Venid á mí todos los que "me deseais con ardor, y saciaos con mis dulces fru-"tos, porque mi espíritu es mas dulce que la miel. "Los que me coman quedarán con hambre, y los "que me beban estarán sedientos." (2) Es decir, que á diferencia de los alimentos materiales que muy pronto satisfacen al cuerpo mortal, el alimento del alma aumenta su hambre al mismo tiempo que la satisface, porque el alimento es indivisible y el alma insaciable, y ni él ni ella pueden detenerse, una vez introducidos en este camino. ¡Dichosa necesidad, que puede darnos una idea de la felicidad del cielo!

El alma se convierte en comensal de Dios; está en *comunion* con él, se nutre de su mismo alimento, y participa por consiguiente de su vida y de su felicidad. Dios se nutre del conocimiento y amor de sí mismo, porque no puede conocer ni amar nada mas perfecto que él mismo (3), y porque es para sí mismo todo su bien: en esto consiste su vida y su felicidad. El alimento y la vida del alma consisten en el mismo conocimiento y en el mismo amor, con la única diferencia que Dios los toma y los dirige á sí mismo, y el alma los toma y los dirige á Dios. "La vida eterna consiste en conoceros ¡oh Padre mio!" dice Jesucristo en el Evangelio; y el catecismo con sus palabras claras y concisas, hace penetrar esta gran verdad en el corazon de los niños del modo siguiente: "¿Para qué te ha criado Dios y te ha puesto en el mundo? *Para conocerlo y amarlo, y alcanzar por este medio la vida eterna.*"

En el primitivo estado de las cosas, esta vida superior del alma que la ponia en comunicacion con Dios, no debia ser contrariada por la inferior de los sentidos que la colocaba en relacion con la materia. Al contrario, aquella debia subordinar á esta y ele-

(1) Tob., cap. 12, v. 19.
(2) Eclesiástico, cap. 24.
(3) *Pater vitam habet in semetipso*, Joan.

varla con ella á prerogativas de espiritualidad, de gloria é inmortalidad, de las cuales no tendriamos idea si no fuera por lo que se nos cuenta de la trasfiguracion y ascension del Salvador.

Un rompimiento fatal de la comunion del alma con Dios por el pecado original, creó para la humanidad un destino inverso. Prevaleció la vida inferior; el alma fué abismada en la carne, perdió la vista y el gusto de Dios, y se fué engolfando cada vez mas en el orgullo de sí misma y en los placeres de la materia, para que fuese lo único que le quedase despues del soberano bien que habia perdido.

La vida divina, que le era natural, se convirtió para ella desde entonces en sobrenatural, y se encontró separada de ella por dos obstáculos insuperables:—El primero, que en adelante ya no podia ver nada sino á través de los sentidos, y que el alimento invisible de aquella vida de los espíritus de que hemos hablado, ya no le pertenecia.—El segundo, que no habia podido desordenarse sin desordenar de rechazo los sentidos, que se habian hecho cómplices suyos, y que, haciéndolos servir á sus órdenes, los habia desencadenado contra sí misma.

En este estado, el alimento espiritual no podia ya serle dado otra vez en el estado invisible é inmaterial, ya porque el alma se habia trasladado á los sentidos, y porque nada podia llegar hasta ella sin pasar por ellos, ya porque rebelados estos, se oponian á que ella se aficionase á las cosas del cielo.

La vida divina, aquella vida que al principio estaba en el Padre, debió descender á la naturaleza humana y vestirse de nuestra carne rebelada para volverla á colocar por medio de sus sufrimientos, bajo la ley del espíritu, y volver á poner el espíritu bajo la dependencia de la ley divina, rehabilitándola de nuevo valiéndose de los mismos sentidos, y reedificando en nosotros al hombre espiritual á pesar del hombre carnal.

La comunion del alma con Dios debió ser el resultado de esta poderosa mediacion; pero no de una manera inmediata y tal como se efectuaba en el orígen de los tiempos: no lo consentia el mismo principio de la mediacion, ni lo hubiera sufrido nuestra naturaleza libre. Para que esta última tomara parte en ella, debió Dios aplazar la consumacion de esta union inmediata para la otra vida, y ponernos acá en la tierra solo en camino de llegar á ella por medio de la correspondencia á las gracias que nos habia prometido, y por nuestra voluntaria asimilacion al divino mediador que nos las habia conquistado.

Por consiguiente, nuestra comunion con Dios debió hacerse en la tierra mediatamente, bajo una forma mista, como la de la mediacion, como la del mal, de la cual era remedio, y á través de las pruebas que nos hacian conformes á Jesucristo, del mismo modo que él se habia hecho conforme á nosotros. Así como él habia tomado nuestra carne rebelde, debiamos nosotros volverla á tomar pacificada, hacerla nuestra y volver á tomar con ella la vida divina que le es inseparable. "No digamos, esclama Bossuet, que basta el espíritu. El cuerpo es el medio para unirse al espíritu; haciéndose carne, descendió el Hijo de Dios hasta nosotros, y por medio de su carne debemos volverlo á recibir para unirnos á su espíritu y á su divinidad. Fuimos hechos, dijo San Pedro, participantes de la naturaleza divina, porque Jesucristo participó de la nuestra. Es menester, por lo tanto, que nos unamos á la carne que el Verbo tomó, á fin de que por medio de esta carne participemos de la divinidad de este Verbo, y que lleguemos á ser dioses participando de los sentimientos de Dios." Encarnándose una vez, no tomó Jesucristo mas que una carne individual; pero por la Comunion eucarística toma la carne de todos nosotros, se la apropia, se la asimila, y por esto los Padres llamaron á la Eucaristía *la continuacion de la encarnacion*, y por consiguiente de la divina, cuyo principio le es inherente.

La concupiscencia, hija del pecado original, se trasmite á los hijos de Adan con la vida natural por via del contagio y por estension de la carne de su primer padre, en quien tomó orígen, y del mismo modo la gracia, hija de la expiacion, se nos inocula por la Comunion de la carne de Jesucristo, que nos la mereció, y en quien debemos renacer de nuevo á la vida sobrenatural, apropiándonosla. Entonces podemos decir con Jesucristo, que *él está en nosotros y nosotros en él: él en nosotros*, porque toma nuestra naturaleza culpable; *nosotros en él*, porque volvemos á tomársela regenerada y nos convertimos en sus miembros y su carne. Lo que no podiamos hacer en nosotros, lo hizo él en sí mismo para trasmitírnoslo, de modo que solo tuviéramos que hacérnoslo propio uniéndonos á él. *Se hizo pecado*, como dice San Pablo, para hacerse en seguida remedio del pecado; se hizo *primicias de los muertos*, para que estos, por su comunion con él en el estado de aniquilamiento y expiacion, pasen con él al estado de resurreccion y de gloria.

Todos los que participan de esta Comunion de la persona de Jesucristo, se hacen un solo cuerpo con él, una sola sangre, una sola alma, y para decirlo de una vez, una sola divinidad, divinidad velada, divinidad humillada, pero que debe reproducir algun dia en cada uno de los miembros la gloria que hizo brillar en la cabeza.

La manducacion de la santa víctima, constituye, pues, parte del sacrificio, y nos lo hace comun con ella. Esta es la parte de esa divina mediacion que nos pertenece, así como la inmolacion es la parte que pertenece á Dios.

2.° Esta gran verdad fué prefigurada en todo el mundo antiguo. La manducacion de la carne de las víctimas se encuentra en todos los pueblos y en todas épocas, como haciendo parte integrante del sacrificio.—Haciendo Rollin la descripcion de un sacrificio que refiere Homero, dice: "Cuando las piernas de la víctima eran enteramente consumidas por el fuego, se asaban las *entrañas* y se repartian entre los asistentes. Esta ceremonia es notable, pues daba fin al sacrificio ofrecido á los dioses, y era como una señal de comunion entre todos los que se hallaban presentes. La comida seguia al

sacrificio y hacia parte de él." (1)—Podriamos citar otros sacrificios practicados en otras naciones, y que presentan bajo este punto de vista relaciones muy notables con el verdadero sacrificio del libertador esperado, del cual todos los sacrificios no eran mas que figura, como ya lo dejamos especialmente consignado en nuestro *Estudio sobre los sacrificios*. Entre ellos recordaremos uno de los mas célebres sacrificios de la India, en el que la inmolacion y manducacion de un cordero iban acompañadas de oraciones, en las cuales se decia en alta voz: *¿Cuándo nacerá el Salvador?* (2)

En estas circunstancias se vanagloriaban los paganos de *comer con los dioses;* idea muy notable, y que confirma lo que dijimos al principio acerca del alimento del alma, que es la misma vida de Dios, y que debia bajar del cielo para volver á dársenos en estado de víctima espiatoria, y como prenda de reconciliacion con su autor.

Por otra parte, como ya dejamos demostrado en su lugar, es preciso buscar en el pueblo judío, el primogénito de todos los pueblos, el verdadero espíritu del sacrificio, porque desde aquí se derramó con el género humano por todo el universo. Es una verdad incontestable que todas las ceremonias de la ley mosáica eran figurativas de los misterios de la ley evangélica y de lo que debia realizarse y consumarse en la persona del Mesías prometido á las naciones. Está igualmente reconocido que los judíos comian las víctimas con el designio de participar del sacrificio, segun aquellas palabras de San Pablo: *Considerad á Israel segun la carne; los que comen las víctimas ¿por ventura no tienen parte con el altar?* (3).

El sacramento de la Eucaristía tiene, pues, en su favor, con el asentimiento de los pueblos modernos, el presentimiento de todos los pueblos de la antigüedad, y la doctrina que acabamos de esponer, reviste con el carácter de las cosas divinas á las cosas cristianas: *la perpetuidad y la universalidad.*

De esta consideracion se desprende un resultado mas directamente aplicable á la doctrina católica sobre la *presencia real*, y confunde al protestantismo con un argumento sin réplica.

Si, como no podemos dejar de reconocer, las ceremonias, y en particular los sacrificios de la ley antigua, no eran mas que figuras del verdadero sacrificio que debia tener lugar en la nueva ley, es necesario que todo cuanto suceda en esta última sea superior á la figura, sea *real;* porque si la materia del sacrificio de los cristianos, por la cual participan de él, no es mas que una figura, una imágen ó una representacion, no es mas que *pan y vino*, ¿en qué consiste la superioridad del sacrificio de la ley nueva respecto de los de la antigua, en los cuales esta representacion era mas augusta, mas patente, mas sensible? ¿No tendria el culto de la ley de gracia ninguna preeminencia sobre el de la ley judáica? San Pablo creia lo contrario, pues dijo: *Tenemos un altar del cual no tienen facultad de comer los que sirven al tabernáculo* (4), es decir, los sacerdotes y levitas de la antigua ley.

Si los protestantes son consecuentes, es menester que tambien digan que la inmolacion de Jesucristo no es mas que una figura, que no es una muerte efectivamente expiatoria, sino una muerte espiritual y mística. Deben pasar mas adelante, y la misma realidad de la encarnacion del Verbo debe quedar desvanecida con su nueva exégesis. Esto es lo que ellos han enseñado á hacer á los socinianos y á los unitarios, que, como sabemos, han llegado ya á este punto (5). Y es necesario que todo el protestantismo venga á parar á esta conclusion subversiva de toda religion revelada, ó que abrace la doctrina católica. Solo esta doctrina se concilia consigo misma y se sostiene en todas sus partes. En ella la manducacion del cuerpo de Jesucristo es tan *efectiva* como su muerte y su encarnacion; todo en ella es realidad, todo es cumplimiento de las antiguas figuras, porque todo debia serlo, y porque las palabras de Jesucristo imprimen en esta induccion, ya tan poderosa en sí, el sello de su autoridad: EN VERDAD, EN VERDAD *os digo que mi carne es* VERDADERA *comida*, y *mi sangre* VERDADERA *bebida.*

Unicamente para escusarnos el horror de comer y beber carne y sangre humanas en su propia forma, nos da á comer la carne de su sacrificio de una manera divina y sobrenatural, é infinitamente distinta de la en que se comian las víctimas antiguas, aunque sin quitarle por esto nada de su realidad y sustancia. Del mismo modo que se habia hecho hombre para poder morir, y víctima para morir en efecto, se hizo tambien pan hasta cierto punto para convertirse en nuestro alimento espiritual y hacernos participar de su sacrificio: el pesebre, la cruz y la cena forman las tres gradaciones de los abatimientos del divino amor, y tan *real* es el último como los dos primeros.

3.° Si nos confunde mas, llena en esto mismo el objeto que se propuso, que es llegar á hacernos participantes de su amor por medio de la participacion de sus sacrificios, para elevarnos despues á la participacion de su triunfo y de su felicidad. Amor por amor, sacrificio por sacrificio: Dios se desnuda; es menester que nos desnudemos tambien nosotros: nos da prendas de amor; es necesario que á nuestra vez le demos prendas de fé: el Verbo eterno anonada su divinidad, su misma humanidad, bajo las apariencias de pan y vino; es preciso que anonademos nuestra razon y sentidos en la fé, en este mismo anonadamiento, y que para hacernos dignos de recibirlo, nos coloquemos en la condicion correspondiente á la en que él se colocó para darse á nosotros. La razon se estremece, los sentidos se irritan y la naturaleza humana se resiste, pero este es precisamente el martirio del amor y la prueba de la fé; y si ésta se sobrepone á todo, se aumenta

(1) Rollin, TRATADO DE LOS ESTUDIOS: *De la lectura de Homero.*
(2) *Carta del P. Boucher*, t. II *de las Cartas edificantes.*
(3) I. Cor., cap. 10, v. 18.

(4) Hebr., cap. 13, v. 10.
(5) "La muerte de Jesucristo en la cruz, dicen, no fué mas que "un *sacrificio* impropiamente dicho, en cuanto Jesucristo murien-"do rogó por los pecadores, y en cuanto confirmó con su muerte to-"da su doctrina." [Bergier, *Diccionar. teolog.*, P. *Sacrificio.*]

con el amor de todos los abatimientos de la naturaleza, se goza en merecer por esto el de Dios, en sufrir por él, como él y con él, y en poder decirle: Todo lo abandoné, todo lo sacrifiqué, y ya nada me queda; quisiera poder daros mas aún, pues sé que aquel á quien me entrego es la verdad y el amor por escelencia, y lo reconozco no solamente en los sacrificios, á los cuales él mismo se sometió, sino en los que de mí ecsige.

Considerado nuestro asunto bajo este punto de vista, es inmenso: el verdadero amor quiere dejar de pertenecerse á sí mismo para depender solo del objeto amado, morir á su propia ecsistencia para no respirar mas que en la de otro; todas sus acciones, todos sus afanes se dirigen á esto; es su último periodo: es preciso que desaparezca la cualidad, que se consuma la unidad, y que se consuma en todo el sér, en el cuerpo lo mismo que en el espíritu y el corazon, Una madre quisiera incorporarse con el hijo que alimenta, quisiera *comérselo*, como ella misma dice vulgarmente, inspirada por la naturaleza: los besos, los abrazos y trasportes de una viva amistad y de un amor ardiente, no son mas que movimientos de ese instinto natural, que quisiera romper las paredes de los sentidos para pasar á la identificacion de las almas, y poseer lo que ama para nutrirse de ello, unírsele, vivir en ello y *transustanciárselo*. El amor perfecto haria siempre, si estuviera en su poder, el milagro de la *transustanciacion*, y diria tambien, anegado en delicias, al objeto amado: *Toma y come, este es mi cuerpo*. . . .

Pues bien: Dios, que es el amor mismo, y de quien todos los amores no son mas que derivaciones ó estravíos, Dios hizo este milagro porque podia hacerlo, y porque es propiedad del amor llegar hasta los últimos límites de lo posible. Habiéndose hecho hombre, habiéndose hecho víctima por el hombre, no debia detenerse aquí, y la ley del amor debia obligarle á querer ser el alimento del hombre, y á serlo, porque podia, y porque además no hacia con esto mas que restablecer la naturaleza de las cosas, en virtud de la cual él es ya la vida y el alimento de nuestras almas, y volver á dársenos bajo una forma adaptada á nuestra debilidad.

Pero la misma ley entraña respecto de nosotros una obligacion de reciprocidad, y de la misma manera que él muere en cierto modo á todo y hasta á sí mismo para vivir en nosotros, es preciso que nosotros muramos tambien á nosotros mismos para vivir en él. Es necesario decir con San Pablo: *Deseo disolverme para ser una misma cosa con el Cristo;* es necesario que esta disolucion se consuma en efecto, tanto como sea posible, hasta poder decir tambien con el mismo apóstol: *Ya no soy yo quien vive, sino Jesucristo quien vive en mí.*—¿Y cómo se efectuará este prodigio de nuestra disolucion correspondiente á la del Cristo? Por las pruebas de nuestra fé en su presencia real contra las apariencias, contra la razon natural y contra los sentidos. Es necesario morir á todas estas cosas, desprenderse de ellas, sobrevivirlas por la fé, y no conservar nada mas de nosotros mismos que la voluntad y el amor, para comunicar realmente y confundirnos y perdernos en la voluntad soberana y en el amor inmenso de Dios.

Esta es la razon filosófica de la impenetrabilidad natural del misterio eucarístico: así como es la consumacion del amor, que es su objeto, así es tambien el mayor sacrificio del hombre y de Dios que debia ser su medio. El talento instintivo de Platon habia entrevisto esta hermosa verdad á través de las figuras de la antigua Teogonía, cuando escribia: "Todos los sacrificios y esas otras cosas, á las cua-"les preside la ciencia sagrada, y por cuyo medio la "divinidad se une á los hombros, tienen por objeto "la conservacion del amor." (1)

4.° Descubrimos ya una nueva perspectiva no menos rica que la que acabamos de esplorar. Reanimando de este modo el amor, el sacramento de la Eucaristía reanima en nosotros la perfeccion, y nos regenera en todo nuestro ser y en todas sus relaciones.

Es una verdad comun, que todo el hombre, es decir, todo lo que hay de mas eminente y de mas sustancial en él, se reasume en la conciencia, en el *sentido moral*.

Pero esta misma conciencia no es siempre viva y esacta en el mismo grado, pues se altera por el roce con las pasiones, ya no nos indica los deberes con la misma precision, y no nos hace sentir mas que de lejos y débilmente su influencia; llega algunas veces hasta cesar enteramente, ó variar segun los desórdenes que debiera prevenir en nosotros.

Necesitábase, pues, un medio de reglar esta conciencia reguladora, así como las agujas que marcan la hora en un reloj son regladas por otra aguja secreta, por cuyo medio se las pone de acuerdo con el cuadrante de los cielos.

En el hombre este secreto regulador, que es al *sentido moral* ó á la conciencia lo que la misma conciencia á la voluntad, es el *sentido religioso*, el *sentido místico*; es el amor del deber conformado á su orígen y á su objeto, á Dios.

Podemos decir que las pruebas porque nos hace pasar para llegar hasta la comunion eucarística, son ya en sí mismas y aisladas un poderoso medio de regeneracion.

¿Qué es lo que altera en nosotros el sentido religioso, ó aun simplemente el sentido moral? ¿No es la sutileza del espíritu, el tumnlto de los sentidos, esa vida enlazada con las cosas criadas, que nos derrama todo enteros al esterior, y nos hace perder de vista aquel otro mundo interior y moral de la verdad y de la virtud, con el cual nos comunicamos por medio de la conciencia? El raciocinio va tomando poco á poco en los hombres el lugar de la conciencia, porque por el raciocinio se conducen y por la conciencia son conducidos, y esto último les repugna. La conciencia es una soberana que, independientemente de los rigores que prescribe, incomoda al orgullo humano, solo porque es soberana, porque obra con independencia, previene, ecsamina y anula con frecuencia las decisiones del espíritu humano sin dejar conocer los motivos que para ello

(1) Platon, *Banquete*.

haya. Esta dictadura disgusta. De ahí nace esa tendencia á sustituir el sentido íntimo por el raciocinio, y la conciencia por los cálculos aun los mas depravados. El principio del mal es el orgullo, contra el cual es preciso precaverse por medio de la incesante sumision á esta voz interior que habla en nosotros. A este primer vicio suceden todos los demás, y las sensualidades, las concupiscencias y todas las pasiones vienen en seguida á esplotarla en provecho de sus criminales y falsos placeres. Por no haber querido someterse á la conciencia, no puede el espíritu á su vez someter á sí las pasiones, llega á ser su juguete, su cómplice, su esclavo, y todo el hombre queda depravado.

El remedio á este mal, debe ser el reverso de la medalla. Para volver á encontrar la conciencia, es menester separarnos de todo lo que nos la hace perder, purgarla de todos esos elementos heterogéneos que la obstruyen, divorciarse á lo menos provisionalmente de nuestras pasiones, de nuestros sentidos, de nuestras preocupaciones terrestres; suspender, en una palabra, esta vida esterior de relacion sensible con las cosas criadas que nos disipan, y volver á entrar dentro de nosotros mismos. Sucede con el alma lo que con el cuerpo: la dieta es el preliminar de su tratamiento médico, porque la inmoderacion es el orígen de sus males. Pero de poco ó nada serviria el separarnos de los objetos criados que nos afectan; es menester además despojarnos de esa propiedad de nosotros mismos que nos achica y limita por el lado del mundo espiritual, y que es como la muralla que nos separa de él. La ciega confianza en nuestra razon privada y la adhesion esclusiva á nuestro propio sentido, forman el primer nudo de esa red que nos liga á las cosas criadas y que va complicándose al rededor de nosotros. Es preciso, pues, llevar la espada de la separacion hasta ese nudo tan caro al orgullo, y reducirnos á lo que hay de mas sustancial y firme en nosotros: hacernos, en una palabra, segun la bella espresion de la Escritura, *sencillos de corazon*.

Pero este trabajo supone un término de relacion que sea su punto de apoyo. No puede el hombre desprenderse de la atmósfera en que vive, y mucho menos de sí mismo, sin aficionarse á algun objeto que reemplace los que abandona, y cuya perspectiva le incline á dejarlos. Y ¿qué objeto puede mejor que Dios tener esta poderosa virtud? Y ¿por medio de qué sentimiento mas activo puede ejercerlo que por el del amor? Y en fin, ¿qué motivos mas propios para desarrollar en nosotros este sentimiento, que los que nos ofrece en el sacramento de la Eucaristía, en el cual él mismo nos da el primer ejemplo del mas absoluto desprendimiento, del mas infinito amor?

¡Cuán poderoso desinterés no debe escitar este sacramento en el alma humana, al considerar ésta la santidad, la grandeza y amabilidad del Dios que en él se recibe! ¿Qué objeto, qué interés, qué afeccion hay en el mundo que no queden eclipsados, desencantados al compararlos con esta union? y ¡cómo esta *comunion* con la perfeccion por esencia debe apartarnos de todos los falsos bienes de esta vida!

El motivo de la oscuridad del misterio se hace ya evidente. Esta oscuridad consuma la obra de nuestro desinterés, de nuestra abnegacion, obligándonos, para penetrarla por medio de la fé, á renunciar á nuestros sentidos, hasta á nuestra razon privada, y á no conservar mas que la voluntad, y esta sometida ya. Retirados, concentrados en la parte mas invisible de nuestro ser, morimos á toda vida esterior, aun á toda vida propia; nos sepultamos, nos anonadamos al igual del Dios que quiere darse á nosotros, y volvemos á entrar en la nada de donde nos sacó, pero para renacer luego y adquirir otra vez en Dios nueva vida, esa vida espiritual que con su soplo comunicó al primer hombre y que éste no supo conservar.

En fin, llegado el momento de esta comunion regeneradora, se desvanece todo lo que constituye la vida en la tierra, desaparecen tambien el tiempo y el espacio, y el alma, reducida á la única facultad de querer y de amar, se adelanta enteramente sola hasta los últimos confines de la ecsistencia terrestre. *Si es con mi cuerpo ó sin mi cuerpo*, podria decir entonces con S. Pablo, *no lo sé* (1); pero sucede alguna cosa eterna é infinita,—se consuma la union inefable,—y hasta en la fisonomía se revela una especie de solemne y tierna mezcla de paz y de temor, de sufrimiento y de voluptuosidad, de vida y de muerte; como si el pesar, casi diriamos el despecho de volver á entrar en la vida y sus tempestades imquietase á aquella alma que vuelve de los cielos. *Mi vida es Jesucristo*, se dice á sí misma, *y morir seria ganancia* (2).

Los que se privan del sacramento de la Eucaristía, no podrán comprender jamás lo que él proporciona, lo que con él sucede; así tampoco es dado á los que en él se gozan el esplicarlo. Es un secreto de amor entre el alma y Dios. Por esto no nos sorprende que queriendo Voltaire de buena fé figurarse el efecto de la Comunion, y creyendo rendirle un homenaje, le describa del modo siguiente: "Hé aquí "unos hombres que reciben á Dios en su interior, *en "medio de ceremonias augustas, al resplandor de "cien antorchas, al son de una música que embelesa "sus sentidos, al pié de un altar radiante de oro. La "imaginacion se halla subyugada*, y el alma em-"bargada y enternecida; el corazon late apenas, nos "sentimos desprendidos de todos los bienes terres-"tres, y unidos á Dios que está en nuestra carne y "sangre. ¿Quién se atreverá despues de esto, á co-"meter una sola falta, ni siquiera á concebirla? Era "seguramente imposible imaginar un misterio que "con mas fuerza retenga á los hombres en la vir-"tud (3)."

Voltaire habló aquí como poeta, y habló bien; pero el filósofo se equivocó grandemente: *las ceremonias, las antorchas, la música, la belleza del altar* ninguna impresion causan entonces en el alma. Al contrario, la contrarían: todo lo que esperimenta le viene del interior. Lo que únicamente desea es la soledad, el silencio, el retiro. Todo lo que le renueva la memoria de la tierra y de los hombres, y le

(1) II Corinti, cap. 12, v. 2.
(2) *Mihi vivere Christus est et mori lucrum.*
(3) *Cuestiones sobre la Enciclopedia.* t. IV.